

RLFPP

Revista
Latinoamericana de
Filosofía
Política

Centro de Investigaciones Filosóficas

ISSN 2250-8619 • Vol. X • N° 4 • 2021 • Buenos Aires • Argentina

**EXPERIENCIA Y SIGNIFICADO:
APORTES FEMINISTAS AL DEBATE**

Juliana Esquivel

EXPERIENCIA Y SIGNIFICADO: APORTES FEMINISTAS AL DEBATE

JULIANA ESQUIVEL

*Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata/
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas*

*Calle 51 e/ 124 y 125, Ensenada
La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina, 1925
esquiveljuliana95@gmail.com*

RESUMEN

El objetivo del siguiente trabajo es hacer un aporte al campo de estudio de la experiencia a partir de un recorrido por algunas de las contribuciones realizadas desde los feminismos a dicho concepto. En consecuencia, el artículo se ordena a partir de dos ejes. En el primero, se revisan los aportes de tres autoras feministas relevantes para el debate acerca de la noción de experiencia. La clave de lectura propuesta se basa en señalar el lugar que le otorgan dichas autoras a la dimensión significativa en sus definiciones. En particular, se señalan dos líneas de análisis: por un lado, quienes consideran a la experiencia un *evento significativo* y, por otro lado, quienes afirman el *exceso* de la experiencia con respecto al significado y la importancia de atender otros niveles de análisis. En el segundo eje, a partir de la lectura crítica de estos modos de concebir a la experiencia, elaboraremos una forma posible de abordar dicho concepto en investigaciones empíricas.

Palabras clave: Experiencia - Feminismos - Subjetividad - Teoría feminista - Significado

ABSTRACT

The aim of the following work is to make a contribution to the field of experience from a tour of some of the contributions made from feminisms to this concept. Consequently, the article is arranged along two axes. In the first, the contributions of three feminist authors relevant to the debate about the notion of experience are reviewed. The proposed interpretation is based on pointing out the place given by these authors to the significant dimension in their definitions. In particular, two lines of analysis are identified: on the one hand, those who consider experience to be a significant event and, on the other hand, those who affirm the excess of experience with regard to meaning and the importance of addressing other levels of analysis. In the second axis, starting from a critical reading of these ways of conceiving experience, we will develop a possible way of approaching this concept in empirical research.

Keywords: Experience - Feminisms- Subjectivity - Feminist Theory - Meaning

1. Introducción

*“La libertad
es una construcción colectiva
de no serlo
es una farsa
(...)”*

ALAN FIGUEROA, *Fugitiva*

La reflexión sobre las experiencias personales ha sido un nudo fundamental de las prácticas políticas feministas y también de sus producciones teóricas. Esta afirmación, vaga y general, no pretende universalizar un modo de hacer feminismo; más bien busca señalar dos puntos: uno correspondiente a la importancia de la experiencia en las militancias feministas y el otro relacionado con la relevancia de los aportes feministas a la teorización de la categoría de experiencia.

Con respecto al primer punto podemos señalar el gesto reflexivo y ampliamente extendido de compartir experien-

cias personales como una práctica de las militancias feministas para construir aquello que es común a un grupo y, de este modo, mostrar los modos en que el *sistema sexo-género patriarcal* configura nuestras historias (Rubin 1986). Esta es una manera de entender la consigna “lo personal es político”: aquello que consideramos como el resultado de decisiones individuales o deseos propios se articula, a partir del encuentro con otros,¹ en una dimensión colectiva y política resultado del patriarcado y sus relaciones de poder (Millet 1995).

Con respecto al segundo punto, en este trabajo nos interesa mostrar la importancia que la categoría de experiencia ha tenido en los desarrollos teóricos de los feminismos. Como señala Ana María Bach en su libro *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista* (2010), el campo de los estudios feministas articula distintas maneras de abordar esta pregunta. Hay quienes se enfocan en la relación entre experiencia y subjetividad (Teresa de Lauretis, Linda Martín Alcoff), experiencia y conocimiento (Patricia Hill Collins, Donna Haraway), experiencia y lenguaje (Joan Scott, Gloria Anzaldúa), experiencia y prácticas políticas (Angela Davis, bell hooks, Chandra Talpade Mohanty), entre muchas otras.

Ahora bien, la clave de lectura propuesta en este trabajo tiene que ver con la pregunta por el lugar del significado en la construcción de la experiencia, atendiendo a los desarrollos de algunas teóricas feministas que escribieron desde Estados Unidos y Europa a partir de los años ochenta. Con respecto a este punto, es pertinente señalar que la referencia a trabajos producidos en países del Norte global no pretende invisibilizar los aportes producidos desde el Sur. La selección de autoras para este artículo responde a la relevancia y circulación de sus reflexiones acerca de la experiencia tanto en países del Norte como del Sur global. De este modo, partiendo de la reflexión

1. Se utilizará la “e” a lo largo del capítulo cuando quiera hacerse referencia a identidades de género que excedan el binomio varón cis- mujer cis.

sobre los aportes de estas autoras, podemos construir una matriz de interrogación de la experiencia que dialogue con los aportes desde el Sur dado que la pregunta por el significado trasciende las producciones específicas de las autoras trabajadas en este artículo.

Teniendo en cuenta el señalamiento anterior, en este trabajo se analizarán dos propuestas: por un lado, quienes consideran a la experiencia un *evento significativo* (a partir de los aportes de Joan Scott y Teresa de Lauretis) y, por otro, quienes afirman el *exceso* de la experiencia con respecto al significado y la importancia de atender otros niveles no reductibles a ese plano (desde los desarrollos de Linda Martín Alcoff). Luego de esta revisión bibliográfica, propondremos un modo de abordar dicho concepto en investigaciones empíricas que retenga la densidad manifiesta en los aportes de las autoras mencionadas. En consecuencia, el desarrollo del artículo estará organizado de la siguiente forma: primero revisaremos los aportes de Scott a la categoría de experiencia, haciendo énfasis en la crítica que le hace a dos definiciones clásicas del término: las de Raymond Williams y Edward P. Thompson. Estas críticas le permiten a Scott ubicar la pregunta por la experiencia en un lenguaje posestructuralista y recuperar a la segunda autora trabajada: de Lauretis. En tercer lugar, analizaremos los desarrollos de Alcoff como una posible crítica al planteo del problema de la experiencia únicamente en un terreno lingüístico. Finalmente, abordaremos una posible forma de trabajar con el concepto en investigaciones empíricas.

2. Joan Scott: la experiencia como evento lingüístico

(...) ¿En qué lugar de tu cuerpo
duerme
el
Tiempo? (...)

ALAN FIGUEROA, *Fugitiva*

Joan Wallach Scott es una historiadora nacida en Estados Unidos que, según Damián López, representa hoy los cambios historiográficos desde el enfoque de la historia social hacia una visión posestructuralista de la historia (López 2012). Nacida en 1941 en Nueva York, Scott se graduó en Historia y se doctoró en 1969 con un trabajo sobre el impacto de los cambios tecnológicos en la organización social y política de los trabajadores vidrieros en el sur de Francia hacia finales del siglo XIX. Durante toda la década del 70 enseñó en distintas universidades de Estados Unidos hasta ser nombrada profesora en la Universidad de Brown en 1980 donde fundó el *Pembroke Center for Teaching and Research on Women*. Permaneció en Brown hasta 1985 cuando fue convocada por el *Institute of Advanced Study* en Princeton, lugar en el que trabajó desde entonces hasta la actualidad (Veleda 2019).

Como señala la propia Scott, ella realizó una crítica a su propia producción anterior a su estadía en Brown en la medida que, si bien refería a sujetos negados por el discurso histórico hegemónico, no problematizaba las identificaciones que tenían esos sujetos y, de esta forma, trataba a esas identidades como fijas e inmutables. Como señala Juan Ignacio Veleda, la corriente en la que se inscribía la autora antes de 1980 (la historia social) pretendía construir una “historia desde abajo”, para recuperar las experiencias de los sujetos oprimidos, tradicionalmente excluidos del discurso histórico (Veleda 2019, 8). En este sentido, la historia social pluralizaba los intereses de la investigación histórica, aunque, como argumentó Scott, esto no bastaba para explicar las operaciones que construían a esos sujetos como subalternos (proceso en el cual el propio discurso histórico/científico estaba involucrado). Es así como, a partir de su estadía en Brown y estimulada por el pensamiento posestructuralista y los feminismos comienza a construir otra manera de pensar los problemas históricos. Así lo recuerda la autora:

“(…) Tuvo un gran impacto en mi pensamiento el grupo de lectura de teoría feminista que encontré cuando llegué a la Universidad de Brown en el otoño de 1980. Allí estaban académicas de literatura, biología, y estudios franceses, y fueron ellas quienes me introdujeron en Foucault, y más ampliamente, en lo que hemos llamado ‘posestructuralismo’ –nosotras no solo fuimos colegas, sino que también nos hicimos amigas–. Ese grupo tuvo probablemente el más profundo efecto en mi pensamiento que ninguna otra cosa antes o después (...)” (Rivera 2016).

Esta manera de pensar los problemas históricos que la autora construye a través del posestructuralismo y los feminismos la desarrolló (y continúa haciéndolo) en numerosos libros y artículos. Dado que en este trabajo nos proponemos centrarnos en los aportes a la categoría de experiencia, recuperaremos los argumentos expuestos en un artículo de 1991 titulado “Experiencia”. Allí la autora parte de un análisis de las consecuencias del ejercicio de documentar vivencias de sujetos que históricamente han sido excluidos del relato histórico, en un gesto similar al de la historia social. En esta clave lee las descripciones autobiográficas que el escritor Samuel Delany hace de su primera aventura en los baños de St. Marks en los sesenta (un espacio para el encuentro sexual entre varones). Delany escribe:

“En una habitación del tamaño de un gimnasio (...) habría tres veces más personas que camas (tal vez ciento veinticinco personas) en la habitación. (...) eran una masa ondulante de cuerpos desnudos, repartidos de pared a pared. Mi primera respuesta fue un susto bastante cercano al miedo. Yo ya había escrito sobre un espacio saturado de cierta energía libidinal (...). No era sólo sentir la saturación energética sino que esa energía era visible. Podías ver qué era lo que estaba pasando a través de la habitación. La única vez que estuve cerca de sentir ese miedo antes fue una noche, donde (...) de repente apareció un grupo de policías (...) en una redada. Lo que me impactó no fue la redada en sí misma sino el número de hom-

bres que de repente empezaron a aparecer, muchos de ellos corriendo, aquí y allá entre las camionetas. Esa noche (...) los policías habían arrestado, tal vez, a ocho o nueve hombres. El número, sin embargo, que huyó a través de la calle para ser absorbidos por la ciudad fue de noventa, ciento cincuenta, tal vez doscientos. (...) Siendo varones, mujeres, trabajadores o clase media, la primera sensación directa de poder político viene de la impresión de los cuerpos en masa. Que yo sintiera esa emoción similar al miedo significaba que otros también lo sentían. El mito dice que somos una isla, una isla pervertida que es manifestación del deseo de un sujeto (...). pero lo que esta experiencia decía es que había un colectivo (no de individuos homosexuales que se encontraban de vez en cuando) no de cientos, no de doscientos sino de millones de varones gays cuya historia había creado, antes y ahora, un montón de instituciones, buenas y malas, para alojar nuestro sexo” (Delany 2013, 333).

El fragmento citado tiene el peso de la verdad del relato en primera persona. Desde ese lugar nos comparte sus impresiones durante sus primeros encuentros con la masividad de los cuerpos homosexuales. Delany siente una especie de miedo, un sentimiento de arrojo y vértigo ante este encuentro. Y esa visión del colectivo es la que se le traduce en una sensación de poder político. En este sentido, el punto central del argumento y la razón por la cual irradia verdad no es sólo el uso del “yo” en el relato, sino también el uso de metáforas asociadas a lo visual: *Delany ve al colectivo cuando ve a esos varones*, ya sea en los baños o en la calle. Y esa visión está atravesada por una sensación nueva: una especie de miedo, vértigo, etc.

Scott reconoce en las descripciones autobiográficas de Delany un gesto de visualización de aquellas vivencias negadas por la historia que hace crecer nuestro conocimiento, nos habilita nuevas lecturas de viejos acontecimientos e incluso potencia nuestras genealogías personales y políticas. Sin embargo, tienen un límite fundamental. La descripción de la experiencia bajo la metáfora de *lo visible*, aquello que gracias al registro *se vuelve visible* sin mediaciones, deja intactas las

estructuras que construyen la experiencia tal cual la estamos documentando. Pareciera ser que aquello que Delany *ve* (los cuerpos del baño de St. Marks o los cuerpos que escapan de los policías) inmediatamente se *le* traduce en una sensación sobre pertenecer a un colectivo, a un movimiento. Pero esta sensación, entrelazada en el relato de los baños, no cuestiona los binomios heterosexual/homosexual, público/privado, sexo gay/sexo heterosexual, binomios que construyen la propia experiencia de Delany; de hecho Scott sugiere que el registro de esta experiencia en términos de lo visible naturaliza esas dicotomías que subyacen al relato. Es importante entender que la autora no está desprestigiando el relato de Delany sino señalando que detener el estudio de la experiencia en ese punto es detenerse justo donde hay que empezar a explicar.

En este sentido, las descripciones del autor no cuestionan los términos que construyen la experiencia, más bien la naturalizan y la ubican en un lugar de *verdad*. De este modo, afirma Scott, más allá del relato de Delany, cualquier reificación de la experiencia bajo la metáfora de lo visible ocurre en dos sentidos: por un lado olvida los procesos históricos que hacen posibles esas experiencias y, por otro lado, profundiza un proceso de demarcación del sujeto investigador cuyos marcos de significación son borrados en la medida que se piensan como anteriores y externos al proceso de conocimiento-documentación de esa experiencia.²

En este momento argumentativo, podemos señalar dos puntos centrales sobre la manera en que Scott entiende a la experiencia: 1) la experiencia no tiene que ser documentada sino investigada como un material polémico que tenemos que hacer estallar para, desde allí, conocer las estructuras sociales que la hacen posible y, 2) la primacía de la experiencia como

2. La reflexión sobre la importancia de situar al sujeto de conocimiento no será trabajada en este capítulo. Sin embargo este punto ha atravesado a la epistemología feminista. Un recorrido posible se encuentra en Bach (2010).

aquello que nos permite conocer las estructuras sociales que la constituyen, implica la necesidad de empezar nuestro análisis por la experiencia y no por algún sujeto social al que (se supone) le ocurren determinadas experiencias.

Este último punto, es una de sus principales críticas a los trabajos de Raymond Williams y Edward P. Thompson y, también, a sus propias producciones anteriores a 1988 (año de publicación de su libro *Gender and the Politics of History*). Según la autora en Williams (particularmente en el libro *Palabras claves*), los individuos anteceden a la experiencia, ya sea porque actúan sobre el material de la experiencia para construir conocimiento o porque les ocurre una experiencia presente que los interpela en su totalidad. En este sentido, el autor no se pregunta por la formación del sujeto. Lo mismo sucede con Thompson, en su libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, el motor explicativo se mueve de la estructura económica a la agencia en la medida que el punto central está en el carácter sentido de la experiencia, subjetivamente significativa para los actores. Sin embargo, deja problemas sin resolver. En primer lugar, la experiencia de clase pareciera ser ahora el fundamento de una identidad y de una práctica política. Es cierto que Thompson busca eliminar el determinismo económico, sin embargo, el nuevo lugar otorgado a la dimensión económica no es preciso en la medida en que la experiencia continúa siendo una experiencia de clase y no de otro tipo, y esa direccionalidad no es explicada por el autor. Como sostiene Scott:

“En la descripción de Thompson, la clase es finalmente una identidad con raíces en relaciones estructurales que preexisten a la política. Lo que esto oscurece es el contradictorio y cuestionado proceso por el cual la clase misma fue conceptualizada y por el cual los diferentes tipos de posiciones de sujeto fueron asignadas, sentidas, cuestionadas o aceptadas (...). La experiencia de la clase trabajadora es ahora el fundamento ontológico de la identidad, la política y la historia de la clase trabajadora” (Scott 2001, 58).

Esta versión, basada en la lógica de la experiencia como fundamento, recuerda a ciertas versiones de la consigna “lo personal es político” en la medida en que la experiencia vivida (por las mujeres) –lo personal– una vez que es adecuadamente conocida (para continuar con la metáfora visual podríamos decir “vuelta visible o transparente”), conduce necesariamente a las resistencias a la opresión –lo político (Scott 2001). De este modo es eliminada la pregunta por las maneras en que se producen las subjetividades, en este caso, de las mujeres, y los modos en que esas subjetividades producen (potencialmente) resistencias.

Para hacerle lugar a este cuestionamiento, Scott señala que hablar de la experiencia es hablar de las operaciones discursivas por las cuales las identidades se adscriben, las resisten o las aceptan. No en términos de un verbalismo o una cuestión de meras palabras, sino con la intención de insistir en la cualidad productiva del discurso. En este sentido, los sujetos son constituidos discursivamente en la medida en que son el resultado de la experiencia como evento lingüístico, de articulación de significados. Esto no implica que la experiencia está confinada a un orden fijo de significado, porque el discurso es un terreno de fuerzas y los significados resultan de relaciones de poder.

En este sentido, Scott entiende al discurso no como mero texto o conjunto de palabras, sino como una “estructura histórica, social e institucionalmente específica de enunciados, categorías y creencias” (Scott 1992, 90). De esta manera, los discursos representan “formas totales de pensamiento, de comprensión de cómo opera el mundo y de cuál es el lugar que uno tiene en él” (Scott 1989, 128), y por lo tanto son formas de organizar los modos de vida, las instituciones y asimismo de naturalizar las desigualdades. Los discursos constituyen “terrenos de fuerzas” en los cuales los significados se elaboran a partir del poder y el conflicto. Como señala Veleda, mediante esta noción de discurso Scott pretende romper con la oposición entre concepto y práctica, palabras y cosas, lenguaje y reali-

dad, y así escapar de toda acusación de idealismo lingüístico (Veleda 2019, 24).

Como podemos notar, la autora no arriba en su artículo a una definición de experiencia, más bien su esfuerzo se dirige a marcar los límites de las formas en que la historia social ha tratado el tema de la experiencia, y de invocar algunas conceptualizaciones posestructuralistas que considera potentes para revisar el concepto y los problemas históricos que le interesan estudiar. A pesar de que la autora no concluye con una definición propia, sí retoma un artículo de Teresa de Lauretis que le permite profundizar en la relación entre experiencia, significado y producción de la subjetividad.

3. Teresa de Lauretis: la experiencia como construcción de la subjetividad

(...) *¿En qué lugar de tu cuerpo
duerme
la
historia? (...)*

ALAN FIGUEROA, *Fugitiva*

De Lauretis es una de las teóricas centrales al momento de revisar la relación entre experiencia y subjetividad en la medida en que comenzó a transitar estos cuestionamientos a través de los lentes feministas en 1984 en su libro *Alicia ya no*. En particular, en el capítulo titulado “Semiótica y experiencia”. Este capítulo comienza con un fragmento del ensayo *Un cuarto propio* de Virginia Woolf. Escribe Woolf:

“Instantáneamente apareció una figura masculina decidida a interceptarme. Al principio no entendí que las gesticulaciones de aquel objeto de aspecto curioso, vestido de frac y camisa de etiqueta, estaban dirigidas a mí. Su cara expresaba horror e indignación. El instinto, antes que la razón, acudió a socorrerme: él era un Bedel, yo era una mujer. Este era el césped; allá

estaba el sendero. Sólo los profesores y los estudiantes tienen permitido estar aquí; la grava es el lugar que me corresponde. Estos pensamientos fueron obra del instante” (Woolf 2013, 10)

El fragmento que selecciona la autora es interesante en la medida en que relata, de manera secuenciada, el proceso por el cual el yo ficticio de Woolf se ubica/es ubicada en el lugar de mujer. Antes de seguir, contextualicemos. En su libro *Un cuarto propio*, publicado en 1929, la autora intenta responder a la pregunta por la relación entre las mujeres y la ficción. Más allá de las conclusiones a las cuales arriba el ensayo,³ el texto despliega el relato de una persona en una condición muy particular. Woolf puede escribir (de hecho, el ensayo es fruto de un pedido de una institución educativa) porque tiene dinero y tiempo para hacerlo; sin embargo, algunos de los espacios donde pretende estar durante su proceso de escritura están vedados para las mujeres. Esto la lleva a la situación particular que muestra el fragmento: como escritora se encuentra emocionada por la línea argumentativa que está desarrollando y comienza a caminar agitadamente por el parque de la Universidad. Allí aparecen los gestos de un hombre que la “sacan de sus pensamientos” y le recuerdan que no puede caminar por allí y que su lugar no es con los profesores y estudiantes. Ella debe ubicarse en el sendero. Finalmente, la caminata continúa y termina en la puerta de la biblioteca de la Universidad, lugar donde tampoco puede ingresar si no está acompañada de un profesor o con una carta de presentación.

Ahora bien, ¿por qué le interesa a Teresa de Lauretis este fragmento? ¿Qué tiene que ver con la experiencia y la subjetividad? Notemos, en primer lugar, la forma de las oraciones del fragmento:

3. Por ejemplo la necesidad de una base económica asegurada y de tiempo necesario como elementos centrales para que una persona pueda escribir –“un cuarto propio”– y por lo tanto las dificultades para que las mujeres de su época lo hicieran.

(...) él era un Bedel* (*empleado subalterno en
un centro de enseñanza);
yo era una mujer.
(yo) Estaba en el céspedes;
allí estaba el sendero.
Sólo se les permite el paso por ahí a Profesores y
Estudiantes;
mi lugar estaba en la grava.

Las oraciones recuerdan al formato de los enunciados lógicos: “él era un empleado” y “yo era una mujer” y “yo estaba en el céspedes” y “allí estaba el sendero” y “sólo se les permite el paso por ahí a profesores y estudiantes” *entonces* mi lugar estaba en el sendero. Por supuesto que la posibilidad de separar lógicamente en momentos sucesivos es engañosa. Por ejemplo, engaña la formulación “yo era una mujer” enunciada con anterioridad a su ubicación en el sendero. Sin embargo, más allá de las dificultades de enunciar como oraciones sucesivas un pensamiento que fue “obra del instante” seguir este razonamiento nos permite ver de qué manera se produce un proceso de subjetivación (de “la mujer”) que emerge de ese *razonamiento sin razón* que Woolf atribuye al instinto y de Lauretis nombra en su texto como experiencia. La decisión de la autora de nombrarlo como experiencia tiene que ver con evocar una autorrepresentación que no remita a lo automático o a lo irreflexivo para aludir a ese peculiar proceso por el cual se crea la subjetividad, en este caso femenina, a partir de la interacción con un otro.

En este sentido, de Lauretis define a la experiencia como “el proceso por el cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales”. A través de ese proceso “una se ubica o es ubicada en la realidad social y de ese modo percibe y comprende como subjetivas (referidas y originadas en una misma) esas relaciones que de hecho son sociales (y por supuesto históricas)” (de Lauretis 1992, 253). Es por esto por lo que la experiencia no es un punto de partida o de llegada –aunque la escritura exige que el sujeto de la oración (“un yo mujer”) se

defina antes de su ubicación en el sendero—. Así, la experiencia es el “espacio desde donde una interactúa con el mundo a la vez que es el efecto de esa interacción con el mundo” (de Lauretis 1992, 253).

En este punto es necesario introducir otro argumento: de Lauretis afirma que el proceso por el cual el yo interpreta un signo (en este caso el bedel y sus aspavientos que transmiten la prohibición patriarcal de circular por el césped) es un proceso semiótico. Ahora bien, ¿qué es la semiosis?, ¿qué implicancias tiene asumir que la experiencia es un proceso semiótico? y ¿qué diferencias tiene con la afirmación de Scott de la experiencia como evento lingüístico?

En primer lugar, de Lauretis aborda a la semiosis desde los aportes de Charles Pierce. Para él, la semiosis es el proceso por el cual una cultura atribuye significados a los signos. A de Lauretis le interesa ubicar en ese terreno la pregunta por el sujeto que está involucrado en ese proceso semiótico. Según Pierce el proceso de atribución de significados a los signos puede explicarse a través de la diferenciación de las tres partes de un signo:



- un *representamen* o algo que está por algo para alguien en algún aspecto o capacidad. Este representamen se dirige a alguien (es decir crea en la mente de esa persona un signo, quizás, más desarrollado)
- este signo creado en la mente es el *interpretante* del primer signo
- por último, el signo está por algo, por un *objeto*, pero no en todos sus aspectos sino en referencia a un tipo de idea que (...) denominamos el fundamento de la representación (de Lauretis 1992, 275).

Centrémonos en las características de esos intérpretes o efectos de significado. Según Pierce, el primer efecto del significado es un *sentimiento* producido; el segundo efecto es *energético* porque involucra un esfuerzo mental o corporal (un “esfuerzo sobre el mundo interior”) y el tercer efecto es un *hábito*. Pierce le llama “el nivel lógico” no en el sentido de necesario lógicamente, sino porque engloba y da sentido a la emoción y al esfuerzo intelectual y/o corporal que lo ha precedido. Este último es el efecto de significado en el que termina el proceso de la semiosis. Afirma Pierce: “La conclusión lógica, real y viva es ese hábito” (de Lauretis 1992, 275). Y

“(…) un hábito designa una especialización tal (...) de la naturaleza de un hombre (...) de tal forma que se comporte o tenderá a comportarse siempre de una forma describable en términos generales en toda ocasión (en una parte considerable de las ocasiones) que pueda presentarse con un carácter describable en términos generales” (de Lauretis 1992. 276).

Esta concepción es retomada por de Lauretis porque le sirve para pensar la construcción de una experiencia “de mujer” y, desde allí, una subjetividad femenina. Aquí es importante destacar que la autora está haciendo particular énfasis en que no todo juego de semiosis concluye en una acción, sino en un hábito, en una *disposición para*, en un cuerpo dispuesto, un conjunto de expectativas nunca del todo aseguradas pero siempre posibles para vincularnos con el mundo. En resumen, la experiencia como proceso semiótico involucra procesos de interpretación de signos que dan como resultado una cierta disposición ante el mundo.

Ahora bien, ¿qué implicancias tiene asumir que la experiencia es un proceso semiótico? y ¿qué diferencias tiene con la afirmación de Scott de la experiencia como evento lingüístico? La experiencia en Teresa de Lauretis refiere al proceso semiótico de construcción de la subjetividad como un devenir que involucra efectos emocionales, sentidos y hábitos. Es decir, para la

autora los juegos de semiosis concluyen en cuerpos *habitados* por disposiciones y esos cuerpos habitados edifican subjetividades de género. Esta concepción permite volver a aquella premisa de Scott de la experiencia como evento lingüístico. Scott había ubicado al discurso como el terreno donde se produce la experiencia y, por lo tanto, señaló las prácticas de poder y las desigualdades involucradas en la construcción de nuestras experiencias. Podemos retener su intención y recuperar con de Lauretis y Pierce el proceso de constitución de la experiencia a través, sobre todo, de los efectos del proceso semiótico. En este sentido, dado que la interpretación de signos que involucra la experiencia incluye emociones, ideas, acciones, hábitos puede sortear de manera más evidente las principales críticas que la visión de Scott tuvo (la acusación de verbalismo, idealismo y la supuesta reducción de la experiencia al lenguaje).

Es necesario aclarar que de Lauretis continuará con estos desarrollos en otro de sus textos fundamentales titulado “La Tecnología del género” donde la pregunta vuelve a ser cómo nos constituimos como sujetos femeninos (y cómo podemos pensar al sujeto del feminismo). Dado que en este último texto abandona el concepto de experiencia para centrarse en la interpelación althusseriana y el concepto de tecnología en Foucault, no repondremos sus argumentos (de Lauretis 1996).

Por último, los desarrollos de Teresa le abren la puerta a la última autora reseñada en este trabajo: Linda Martín Alcoff. La pregunta de esta última tendrá que ver con los límites del significado en la experiencia y las consecuencias políticas de pensarla de esta forma.

4. Linda Martín Alcoff: el exceso de la experiencia

(...) *¿En qué lugar de tu cuerpo
montarás
la
rabia?*”

ALAN FIGUEROA, *Fugitiva*

Linda Martín Alcoff nació en Panamá en 1955 aunque vivió gran parte de su vida en Estados Unidos. Es filósofa, especialista en temas de epistemología, feminismo, raza y existencialismo. Ha escrito numerosos libros y artículos partiendo de las experiencias de violencia sexual, buscando que el lenguaje filosófico y feminista haga lugar a las voces de les sobrevivientes (como ella misma se identifica). En este sentido, su preocupación constante es la manera en que las ciencias sociales y humanas piensan a la experiencia y las consecuencias políticas que tienen estos modos de interrogarla.

En un artículo de 1988 titulado “Feminismo cultural vs. Postestructuralismo: la crisis de identidad de la teoría feminista” la autora recorre los límites de esta oposición entre dos formas de pensar al sujeto y a los objetivos del feminismo. Para el feminismo culturalista (o, más bien, la versión que construye Alcoff de la postura culturalista) el sujeto del feminismo son sin dudas las mujeres y los objetivos de la práctica feminista son la valorización de las esferas que han sido desestimadas por la apreciación viril del mundo como los trabajos de reproducción y cuidados, a la invisibilización de los ciclos menstruales, la menopausia, la conexión con la naturaleza, el mundo emocional, etc. Según la autora, por contraste a estos enfoques, el feminismo posestructuralista critica que el objetivo del feminismo sea la revalorización de las esferas “mujeriles” de lo social en la medida que deja intactas las distinciones entre lo femenino y lo masculino que están en el origen de la desigualdad entre los sexos. Y, en consecuencia, la principal ocupación del posestructuralismo es la deconstrucción del sujeto femenino y la pregunta por las formas en que una persona llega a ser una mujer o un hombre. Sin embargo, para Alcoff, esta deconstrucción es una acción negativa, de desarme de un sujeto; esto no define un “a favor” para el posestructuralismo y corre el riesgo de vaciarse de contenido político y de olvidar a les sujetos realmente existentes.

El cuidado que la autora tiene con respecto a este nominalismo la lleva a desarrollar dos fuertes críticas a la postura de Joan Scott en particular y al posestructuralismo en general.

Estas críticas se articulan en torno a dos ejes: la relación entre experiencia y lenguaje y entre conocimiento y experiencia.

Para empezar a recorrer el primer eje es necesario entender que en algunos de sus textos (como el artículo que trabajaremos a continuación), la autora refiere al significado y al discurso como reducidos a los marcos de sentido, las cosmovisiones disponibles, también a las palabras y a lo comunicable. Mientras que, en sus últimas obras, el significado tiene un carácter más abarcativo incluyendo dimensiones no verbales como las emociones, los valores, entre otros.

Teniendo en cuenta esta aclaración, revisemos el primer eje. La autora le dedica a la relación entre experiencia y lenguaje un artículo titulado “Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia”. Frente a la conceptualización de Scott de la experiencia como evento lingüístico, Alcoff señala que es necesario referir a un núcleo inarticulado, irreductible al lenguaje en la experiencia. La autora se propone argumentar que, más allá de las posibilidades que tengamos de nombrar a la experiencia, ella produce efectos en nosotres y tiene consecuencias cognoscitivas. En este sentido, según la autora, si reducimos la experiencia a un evento lingüístico en términos de lo verbalizable y lo comunicable entonces estamos negando los efectos que producen nuestras vivencias, aunque no estén verbalizadas. Es por esto que tenemos que pensar a la experiencia y al discurso como *imperfectamente alineados* en la medida que el discurso es central en la construcción de la experiencia, pero ella puede excederlo (Alcoff 1999). En palabras de la autora:

“La experiencia a veces excede al lenguaje; es en ocasiones inarticulada. El feminismo no inventó al sexismo de la nada; proporcionó un lenguaje nuevo por medio del cual se puede describir y comprender viejas experiencias que luego modifican la experiencia presente y futura. Ciertamente, el discurso impregna y afecta a la experiencia, pero decir (...) que la experiencia es un hecho lingüístico, o que el discurso es la condición para la inteligibilidad de toda experiencia es borrar todos los conocimientos experimentales no susceptibles a la articu-

lación lingüística (...). Un punto de vista mejor sería aquel que entendiéndose a la experiencia y al discurso como imperfectamente alineados, con zonas de dislocación” (Alcoff 1999, 127).

La autora despliega estos argumentos porque le interesa analizar los efectos de las violencias sexuales en la vida de los sobrevivientes, incluso aquellas violencias que aún no han sido nombradas o para las cuales puede que aún no existan categorías en nuestras cosmovisiones. Sin embargo, a pesar de estar inarticuladas o incluso negadas como violencia producen efectos emocionales, corporales, configuran hábitos, etc. y estos son los efectos que invisibilizamos cuando entendemos a la experiencia sólo como un evento lingüístico. La autora pretende con la alineación imperfecta entre discurso y experiencia señalar que hay efectos independientes de la capacidad de verbalizar y que incluso pueden ocurrir aun cuando tengan “en contra” los marcos de sentido disponibles. La pregunta que la autora dispara para ejemplificar esto es: antes de que los feminismos articulemos la idea de las violaciones dentro de parejas ¿no había violaciones allí?

Aquí aparece una pregunta clave: ¿cómo entender el espacio inarticulado de la experiencia? Una posibilidad es entenderlo como un núcleo esencial, inmodificable que espera el encuentro con el significado perfecto para esa vivencia. Esa no es la salida de la autora, como lo vemos en su reciente libro *Rape and Resistance* (Alcoff 2018), donde desarrolla una visión más amplia de lo que implica el significado. Allí entiende a la experiencia como el resultado de una articulación fallida en la medida que los elementos que tenemos disponibles *para significarla y vivirla* como tal (lo que sentimos, nuestras impresiones sobre lo sucedido) cambian a través del tiempo y, por lo tanto, el propio contenido de la experiencia se ve modificado. Esto no significa que caigamos en un relativismo. El juego del significado tiene límites en la medida que los efectos de las desigualdades que genera el cisheteropatriarcado existen, aunque no dispongamos de las palabras para nombrarlas. En este sentido, estos

efectos anteriores a la verbalización son los que impiden que el contenido de la experiencia se vea totalmente modificado y caigamos en un relativismo con pésimas consecuencias políticas.

Volvamos ahora a la crítica de Alcoff a la experiencia como evento significativo. Si consideramos sus últimos trabajos, la crítica de Alcoff ya no es al carácter significativo de la experiencia sino a la primacía de las vivencias que pueden ser nombradas, olvidando otras dimensiones. Teniendo en cuenta esta cuestión, podemos reformular su propuesta entendiéndola como un llamado a recuperar la heterogeneidad de la experiencia y a relativizar el lugar de lo comunicable y verbalizable en ella. Es por esto por lo que la crítica de la autora al exceso de la experiencia con respecto al significado sólo puede sostenerse si reducimos el significado a esta dimensión de lo verbal. Como vimos con Scott y de Lauretis el significado para las posturas posestructuralistas es una dimensión mucho más amplia que involucra niveles menos accesibles a la comunicación como las emociones, las prácticas y los hábitos.

Siguiendo esta línea, sería interesante recuperar esta crítica a través de sus reflexiones sobre la heterogeneidad de la experiencia. Podemos afirmar que este es el problema que subyace a sus dos concepciones del significado, primero trabajado en términos de lo inarticulado dentro de la experiencia y luego a través de su referencia a la *ambigüedad* de la experiencia. En este sentido, en *Rape and Resistance*, la autora afirma que el proceso de significar una violencia no es un camino lineal y siempre coherente. La experiencia puede contener en sí misma rasgos ambiguos que configuren significaciones en tensión o contradictorias entre sí, ya sea a nivel emocional o de marcos de sentido. Como afirma la autora

“A veces nuestra comprensión de los eventos cambia en el tiempo (...) –algunas personas– nos piden que nombremos de modo decisivo al hecho (...) pero negar la posibilidad de la ambigüedad o la complejidad, o ubicarlas como productos de la negación, de la socialización femenina, los mecanismos

patriarcales o una psicopatología, tiene la consecuencia de cerrar la exploración de la voz de las sobrevivientes: ese es nuestro proceso de dar sentido” (Alcoff 2018, 57)

De este modo emerge una nueva manera de pensar los relatos en primera persona sin el carácter de verdad incuestionable que criticaba Scott y sin el relativismo que preocupa a Alcoff. Así, la experiencia ocurre en el terreno significativo, entendiendo por significado los resultados del proceso semiótico y, en particular, prestando atención a las emociones, los sentidos y los hábitos que nos habitan como efectos de proceso. En esta línea, la pregunta de Alcoff por la heterogeneidad resalta que el proceso de significar y de construir experiencias no es un proceso lineal o coherente; más bien es ambiguo, puede involucrar elementos opuestos entre sí y con posibilidad de ser modificados en el tiempo.

Finalmente, de esta manera de concebir la experiencia como heterogénea y ambigua se desprende una particular forma de pensar su relación con el conocimiento. Alcoff sostiene que la propuesta de Scott de centrarse en las condiciones de producción de la experiencia invisibiliza el carácter productor de la misma. Además, Scott le reconoce a la experiencia un aporte al conocimiento siempre y cuando esté articulada a través del lenguaje mientras que para Alcoff la producción de conocimiento ocurre más allá de la articulación. En este sentido, la complejidad o la ambigüedad que señalaba antes no impide que la experiencia tenga efectos subjetivos y construyamos conocimiento a partir de esa ambigüedad y es por esto que para la autora el relato en primera persona (ya sea un yo o un nosotros) tiene mucho valor porque allí podemos encontrar la ambigüedad que parece olvidada en de Lauretis y Scott.

5. Dimensiones de la experiencia y abordaje empírico

Como señalamos al inicio del artículo, los feminismos tienen una larga tradición de trabajo elaborando nuestras ex-

perencias como compartidas y ubicadas en un determinado lugar dentro de las relaciones de poder patriarcales. Sin embargo, aún es útil elaborar algunas reflexiones acerca de las consecuencias del carácter construido, heterogéneo y temporal de la experiencia para seguir pensando en un abordaje empírico que le haga justicia a la riqueza del concepto.

De este modo, el abordaje crítico de las autoras reseñadas nos conduce a la pregunta acerca de cómo trabajar con la experiencia, cómo desarmarla y volverla un elemento analizable de la realidad social a través de investigaciones empíricas. En este sentido, afirmamos que la comprensión de la experiencia debe considerar sus dos dimensiones: aquella significada y la que excede al significado. Asimismo, señalamos que la primera dimensión involucra tanto a su parte verbalizada como a las significaciones que escapan a las palabras pero se cristalizan en ciertas emociones y cuerpos habitados –como diría de Lauretis–.

Aquí nos proponemos presentar una manera de resolver empíricamente estas cuestiones a partir del abordaje de la experiencia que propusimos en un trabajo de investigación titulado *Construyendo experiencias: sentidos y emociones en una organización de mujeres (2017-2018)*. Esa investigación se propuso comprender las maneras en que el proceso de organización política entre mujeres impacta elaborando y construyendo experiencias. La organización con la que trabajamos se ubica en el partido de Berisso y está compuesta por trabajadoras de las quintas de la zona, mujeres de clase media profesionales, mujeres migrantes, madres, estudiantes, entre otras.

Un primer elemento de dicho trabajo considera, siguiendo a Scott, que indagar la experiencia implica analizar los sentidos que construyen experiencias a través, en este caso, de procesos de enmarcación (McAdam, McCarthy y Zald 1996); es decir, a partir de dispositivos que encuadran las vivencias bajo ciertos sentidos compartidos por las participantes. Asimismo, considerando el aporte de de Lauretis acerca de la necesidad de observar las emociones, el trabajo argumenta a favor de inda-

gar registros no verbales pero significativos de la experiencia como las economías afectivas que la configuran (Ahmed 2014).

Para la comprensión de la dimensión significada y verbalizada de la experiencia, se trabajó con un proceso enmarcador particular: los talleres de formación. Esto fue así porque fueron instancias de diálogo entre las militantes acerca de sus vivencias personales alrededor de un tópico (maternidades, violencias, sexualidad, etc.) donde se intercambiaban y tensionaban sentidos acerca de esos tópicos. Una de las conclusiones de la investigación sostiene que, en esos talleres, se pusieron a jugar sentidos capaces de construir una experiencia compartida acerca de sus vivencias como mujeres y como militantes como el *ser compañeras, ser luchadoras y empoderarse frente a la violencia*.

Por otro lado, con respecto a la dimensión significada pero no verbalizada de la experiencia, la investigación abordó las economías afectivas que circulan en dichos talleres de formación. Es necesario señalar brevemente qué entendimos por emoción en dicho trabajo. En su libro *La política cultural de las emociones*, Sara Ahmed señala que las emociones son prácticas culturales y sociales que afectan superficies y cuerpos marcando sus límites a través de la circulación bajo cierta economía afectiva. De este modo, construir una economía afectiva es habilitar la circulación de ciertas emociones en los talleres de formación como una pieza fundamental de la construcción de experiencias. A modo de ejemplo podemos pensar la transformación de la vergüenza por tomar la palabra en el empoderamiento necesario para intervenir en los talleres a partir de mecanismos como hacer sentir cómoda a quien está hablando con un silencio atento o las repreguntas cuando las intervenciones son sintéticas.

Resta, por último, preguntarnos acerca de la dimensión de la experiencia no significada a la que prestó atención Alcoff. Aquí, más que construir una estrategia de abordaje para el análisis empírico, nuestra propuesta fue hacer presente esa dimensión manteniendo abierta la posibilidad de que aquello contradicto-

rio, heterogéneo y denso de la experiencia emerja a la superficie de nuestras investigaciones. La apuesta es entonces a una comprensión que no reifique los sentidos y las emociones que construyen las experiencias sino que las piensen como estabilizaciones necesarias pero a la vez parciales y contingentes.

6. Reflexiones finales

El objetivo del siguiente trabajo fue hacer un recorrido por algunos de los aportes realizados desde los feminismos al concepto de *experiencia*. La clave de lectura propuesta tuvo que ver con señalar el lugar que algunas autoras le otorgan a la dimensión significativa en sus definiciones de experiencia. En particular, a través de reponer dos líneas de análisis: por un lado, quienes consideran a la experiencia un *evento significativo* y, por otro lado, quienes afirman el *exceso* de la experiencia con respecto al significado y, en consecuencia, la importancia de atender otros niveles.

A modo de conclusión podemos afirmar que ninguna de las autoras reseñadas niega la importancia de los procesos de significación en la construcción de la experiencia, ni siquiera Alcoff que señala la alineación imperfecta entre experiencia y discurso. Esta conclusión puede sostenerse recordando que el significado es mucho más que una verbalización, es un uso, una práctica y una generación de hábitos. Esta es la gran utilidad de reponer la experiencia asociada al proceso semiótico, como propuso Teresa de Lauretis incluyendo las dimensiones afectivas y valorativas en ese proceso.

Sin embargo, la crítica de Alcoff puede recuperarse en otros términos: podemos pensar la alineación imperfecta entre discurso y experiencia como un recordatorio del carácter no coherente de la experiencia ambigua y heterogénea. En este sentido, uno de los nudos fundamentales que todas las autoras reseñadas trabajan es el carácter fluido, histórico y potencialmente heterogéneo de la experiencia. La experiencia no es

un conjunto de hechos sucedidos, estáticos sino un espacio de interacción, estabilizado a través de relaciones de poder, pero fluido y factible de ser modificado a través de la apropiación de otros marcos de sentido o de nuevas economías afectivas (por ejemplo, a través de la organización política). Asimismo, nos interesa destacar que estas autoras proponen una profunda relación entre experiencia y subjetividad en la medida en que, más allá de la definición específica que usen, la piensan como el espacio desde el cual se interactúa con el mundo y desde donde construyen las propias identificaciones. En este sentido, partir de la experiencia implica dejar de lado en nuestras investigaciones las suposiciones de sujetos coherentes, identidades estáticas, ya sean individuales o colectivas, y empezar por la complejidad, lo no coherente, las tensiones de la experiencia.

En esta misma línea, los aportes feministas al campo académico de la experiencia son ineludibles en la medida que colocan en el centro de la escena interrogantes que los autores clásicos como Thompson y Williams habían soslayado. De este modo, la historización de Scott, la relación con la subjetividad de de Lauretis y el carácter denso y complejo de la experiencia en Alcoff constituyen los aportes fundamentales que estas autoras feministas hacen al debate en las ciencias sociales y humanas.

En particular, de la lectura crítica realizada, nos interesa resaltar dos cuestiones de utilidad. La primera vinculada al lugar de las emociones en la construcción de la experiencia y, la segunda, con el carácter denso y heterogéneo de esta última. Luego de trabajar sobre estas reflexiones, abordaremos la propuesta de análisis empírico.

Así, un primer eje de problematización de la experiencia a partir de las elaboraciones de las autoras trabajadas es el lugar de las emociones en la construcción de nuestras vivencias. A partir del señalamiento de de Lauretis, podemos notar que la experiencia se cristaliza en un hábito que incluye tanto dimensiones cognitivas como emocionales. Sostenemos que este es un punto central para retomar desde un lugar diferen-

te a la binaria asociación patriarcal entre femenino-emoción (por oposición al par masculino-razón). Es decir, no se trata ya de recuperar el lugar de las emociones en la experiencia de las mujeres asumiendo que éstas son más importantes para nosotres por haber sido socializadas como tales sino de señalar que el lugar privilegiado de la experiencia en el análisis involucra la atención sobre las emociones que la configuran. Ahora bien ¿cómo abordamos la dimensión emocional de la experiencia? ¿Cómo construimos conceptualmente esa dimensión emocional en los estudios empíricos?⁴ A modo de ejemplo, podemos pensar que cuando participamos de instancias colectivas de elaboración y reelaboración de nuestras vivencias en clave feminista (como talleres de desnaturalización de roles tradicionales, círculos de concienciación, entre otros) estamos involucrándonos en dispositivos que hacen circular ciertas emociones en una economía afectiva (Ahmed 2014) particular que impacta directamente en cómo configuramos nuestra experiencia. Así, la búsqueda por hacer circular en instancias colectivas feministas ciertas emociones como el orgullo frente a la vergüenza o la empatía frente a la desconfianza puede pensarse como una estrategia clave para impactar y modificar la dimensión afectiva de la experiencia.⁵

El segundo eje de problematización que proponemos tiene que ver con el modo en que se tensiona el proyecto político de construir una subjetividad, en este caso feminista, con el carácter heterogéneo, denso y excesivo de la experiencia que la fundamenta. Así, la experiencia es un punto desde donde se estabiliza una subjetividad feminista pero dicha estabilización no puede abarcar la totalidad de nuestras vivencias. Aquí, afirmamos que las estabilizaciones parciales son fundamentales (tanto psíquica como políticamente) pero no po-

4. Para ampliar este punto puede consultarse Jaspers, James. 2018. *The emotion of protest*. Chicago: University of Chicago.

5. Para un desarrollo mayor de estos ejemplos puede verse Esquivel (2019).

demos olvidar que la experiencia es siempre una construcción parcial e imperfecta de lo común a partir tanto de los fragmentos vivenciales que hemos podido elaborar y compartir como de aquellos inarticulados. Como señaló Scott debemos comenzar por la experiencia y no por algún supuesto sujeto social al que le ocurren determinadas vivencias (como las mujeres, les feministas, etc.) y debemos tener presente su carácter denso. Este punto se vincula con el problema del testimonio personal de la experiencia como base para la construcción de lo común. A partir del trabajo de Alcoff pudimos vislumbrar de qué modo el carácter temporal de la experiencia construida a partir de sentidos disponibles y cambiantes en el tiempo nos permite cuestionar el lugar que el testimonio en primera persona tiene en la política feminista. De este modo, la experiencia personal más que un punto de llegada a compartir en instancias colectivas es el resultado de procesos que la construyen –parcialmente– en un determinado sentido. Entonces, los testimonios personales que elaboramos acerca de nuestras vivencias (como el relato de Delany) son el resultado colectivo de la estabilización de ciertos sentidos y emociones. En consecuencia, son los dispositivos de circulación y construcción de esas experiencias los que pueden captar nuestra atención como investigadoras feministas.

A modo de conclusión, complejizar nuestra mirada acerca de la experiencia se constituye como una herramienta valiosa para los feminismos en los dos sentidos con los que iniciamos este artículo. Con respecto a las prácticas políticas feministas, nos recuerda que la experiencia compartida es el resultado de una construcción siempre parcial e imperfecta de lo común, así como nos marca la relevancia de las emociones en nuestros activismos, trascendiendo la idea que iguala experiencia con un conjunto verbalizable de hechos. También, nos señala la excedencia de la significación y por lo tanto la importancia de ubicar el testimonio personal como un resultado construido con elementos significativos y afectivos que pueden modificarse en el tiempo. Así, complejizando la experiencia podemos

preguntarnos acerca del sujeto político del feminismo sin pretensión de esencialismos o afirmaciones absolutas ya que el material con el cual se construye la subjetividad –incluida la subjetividad feminista– es el terreno rico, ambiguo y contradictorio de la experiencia.

Agradecimientos

Quiero agradecer especialmente a Mabel Alicia Campagnoli y a Victoria Beltrán por la lectura atenta del borrador de este artículo, a los revisores anónimos por sus aportes enriquecedores y a quienes realizaron el trabajo de edición de este número. Cualquier error es responsabilidad de la autora.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmed, Sara. 2014. *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Alcoff Martin, Linda. 1999. “Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia”. *Revista Mora* 5: 122-138.
- Alcoff Martin, Linda. 2002. “Feminismo cultural vs. Post-estructuralismo: la crisis de identidad de la teoría feminista”. *Revista Debats* 76: 1-26.
- Alcoff Martin, Linda. 2018. *Rape and Resistance*. New Jersey: John Wiley & Sons.
- Bach, Ana María. 2010. *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos Editorial.
- de Lauretis, Teresa. 1992. *Alicia ya no: feminismo, semiótica, cine*. Valencia: Universitat de València.
- de Lauretis, Teresa. 1996. “La tecnología del género”. *Revista Mora* 2: 6-34.
- Delaney, Samuel R. 2014. *The motion of light in water: Sex and science fiction writing in the East Village*. New York: Open Road Media.

- Esquivel, Juliana. 2019. "Construyendo experiencias: sentidos y emociones en una organización de mujeres (2017-2018)". Tesis de doctorado. Universidad Nacional de La Plata.
- Figuerola, Alan. 2019. *Fugitiva*. La Plata: Pixel.
- López, Damián. 2012. "La prueba de la experiencia. Reflexiones en torno al uso del concepto de experiencia en la historiografía reciente". *Prismas, Revista de Historia Intelectual* 1: 33-53.
- McAdam, Doug, McCarthy John D., Zald Mayer N. (Eds). 1996. *Comparative perspectives on social movements: Political opportunities, mobilizing structures and cultural framings*. Londres: Cambridge University Press.
- Millet, Kate. 1995. *Politica sexual*. Madrid: Siglo XXI.
- Rivera, Ángela. 2016. "Joan Scott: una historiadora feminista". <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/joan-scott-una-historiadora-feminista/>
- Rubin, Gayle. 1986. "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo". *Nueva antropología* 30: 95-145.
- Scott, Joan Wallach. 1989. "Una respuesta a las críticas". *Historia social* 4: 127-135.
- Scott, Joan Wallach. 1992. "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría post-estructuralista". *Debate* 4: 87-107.
- Scott, Joan Wallach. 2001. "Experiencia". *Revista de Estudios de Género, La Ventana* 13: 44-74.
- Veleda, Juan Ignacio. 2019. "Joan Scott: aportes para una perspectiva feminista sobre la historia". Tesis de especialización. Universidad Nacional de La Plata.
- Woolf, Virginia. 2013. *Un cuarto propio*. Buenos Aires: El cuenco de plata.

Fecha de recepción, 26 de abril de 2021

Fecha de aceptación, 13 de diciembre de 2021